

tando y leyendo. Nadie la molestaba ni la dirigía en su libertad, en sus opiniones ni en sus lecturas. Las opiniones religiosas y políticas de madama de Bretteville eran hábitos más bien que convicciones; las conservaba como costumbre de su edad y de su tiempo, pero no las imponía. Por otra parte, la filosofía había minado entonces el fundamento de las creencias hasta en el mismo espíritu de la antigua nobleza. La revolución lo ponía todo en duda, y era poca la adhesión que se tenía á ideas que todos los días se veían vacilar y caer. Además, las opiniones republicanas del padre de Carlota se habían infiltrado más ó ménos en sus deudos. La familia de Corday tenía alguna inclinación á las ideas nuevas. La misma señora de Bretteville ocultaba, bajo la apariencia de su sentimiento hácia el antiguo régimen, un favor secreto á la revolución. Dejaba á su sobrina nutrirse en las obras, opiniones y periódicos de su gusto. La edad de Carlota la inclinaba á la lectura de novelas, que ofrecen meditaciones ya del todo hechas á la imaginación de las almas ociosas; pero su mente la movía á la lectura de obras de filosofía, que transforman los instintos vagos de la humanidad en teorías sublimes de gobierno, y á la de libros de historia, que cambian las teorías en acciones y las ideas en hombres.

Esta doble necesidad de su entendimiento y de su corazón la encontraba satisfecha en Juan Jacobo Rousseau, ese filósofo del amor y ese poeta de la política; en Raynal, ese fanático de la humanidad; en Plutarco, en fin, ese personificador de la historia, que pinta más bien que narra, y que vivifica los sucesos y caracteres de sus héroes. Estos tres libros se sucedían sin cesar en sus manos. También hojeaba las obras apasionadas ó ligeras de la época, como la *Eloisa ó Faublas*. Pero aunque su imaginación prendió en ellos sus meditaciones, nunca perdió su alma el pudor, ni su adolescencia la castidad. Devorada por la necesidad de amar, inspirando y experimentando á veces los primeros síntomas del amor, su reserva, su dependencia y su miseria contuvieron siempre las íntimas manifestaciones de sus sentimientos. Desgarraba su corazón para desprender violentamente de él el primer lazo que se le prendía. Su amor, rechazado de esta manera por la voluntad y el destino, cambió, no de naturaleza, sino de ideal. Se transformó en un vago y sublime pensamiento de sacrificio á la felicidad pública. Aquel corazón era demasiado vasto para que sólo contuviera su propia felicidad; quiso encerrar en él la de todo un pueblo. El fuego en que por un solo hombre hubiera ardido, lo consumió todo por su patria. Se concentró más y más en estas ideas, meditando sin cesar cuál era el servicio que podía hacer á la humanidad. La sed del sacrificio de sí misma había llegado á ser su demencia, su amor ó su virtud. Aun cuando este sacrificio debiera ser sangriento, estaba resuelta á cumplirlo. Había llegado á ese estado desesperado del alma, que es el suicidio de la dicha, no en provecho de la gloria ó de la ambición, como madama Roland, sino en el de la libertad y de la humanidad, como Judith ó Epicharis. No le faltaba más que una ocasión; la estaba espiando, y creyó haberla hallado.

III

Era el momento en que los girondinos luchaban con arranques de valor y de elocuencia prodigiosos contra sus enemigos en la Convención. Creíase que los jaco-



CARLOTA CORDAY.



binos no querian arrancar la república á la Gironda sino para precipitar á Francia en una sangrienta anarquía. Los supremos peligros de la libertad, la tiranía odiosa del populacho de Paris sustituida á la soberanía legal de la nacion representada por sus diputados; los encarcelamientos arbitrarios, los asesinatos de Setiembre, la conjuracion del 10 de Marzo, la insurreccion del 30 y 31 de Mayo, la expulsion y proscripcion de la parte más pura de la Asamblea, su patíbulo á lo léjos, adonde subiria la libertad con ellos; la virtud de Roland, la juventud de Fonfrede y Barbaroux, el grito de desesperacion de Isnard, la constancia de Buzot, la integridad de Petion, del ídolo hecho víctima; el martirio de tribuna de Lanjuinais, al cual no habia faltado para igualar la suerte de Ciceron más que la lengua del orador clavada en la tribuna; la elocuencia, en fin, de Vergniaud, esa esperanza de los buenos ciudadanos, ese remordimiento de los perversos, enmudecida de repente, abandonando á los hombres de bien á su desaliento, á los infames á su maldad; en vez de aquellos hombres interesantes ó sublimes que parecian defender en la brecha las últimas trincheras de la sociedad y los hogares sagrados de cada ciudadano, verse á un Marat, escoria y lepra del pueblo, triunfando de las leyes por la sedicion, coronado por la impunidad, llevado á la tribuna en brazos de las turbas de los arrabales, tomando la dictadura de la anarquía, del despojo, del asesinato, y amenazando toda independencía, toda propiedad, toda libertad, todas las vidas en los departamentos: todas estas convulsiones, todos estos excesos, todos estos terrores, habian conmovido extraordinariamente las provincias de Normandía.

La presencia en el Calvados de aquellos diputados fugitivos que venian á apelar á la libertad contra la opresion y á adherirse á los focos de los departamentos para suscitar allí vengadores á la patria, habia llevado hasta la adoracion el interes de la ciudad de Caen por los girondinos y la execracion á Marat. Este nombre se habia hecho uno de los más criminales. Las opiniones más bien inglesas que romanas, el republicanismo ático y moderado de la Gironda, formaban contraste con el cinismo de los maratistas. Lo que se habia deseado en Normandía ántes del 10 de Agosto, era mucho ménos la caída del trono que una constitucion de la monarquía que sancionara la igualdad. La ciudad de Rouen, capital de aquella provincia, era adicta á la persona de Luis XVI, y le habia ofrecido un asilo ántes de su caída. El cadalso de este príncipe habia entristecido y humillado á los buenos ciudadanos. Las otras ciudades de aquella parte de Francia eran ricas, industriales y agrícolas. La paz y la marina eran necesarias para su prosperidad. La aficion del rey á la agricultura, su predileccion esclarecida á la navegacion, las fuerzas navales de Francia que se esforzaba en constituir, las construcciones de navíos que ordenaba en la rada de Brest, los maravillosos trabajos del puerto de Cherbourg, los viajes que habia hecho, en el interior y por el litoral, para visitar y vivificar todas las radas del Océano, sus estudios con Turgot para favorecer la industria y dar libertad al comercio, habian dejado en el corazon de los normandos cariño á su nombre, ternura por sus infortunios, horror contra sus asesinos, y una disposicion secreta hácia el restablecimiento de un régimen que uniria las garantías de la monarquía con las libertades de la república. De aquí provino ese entusiasmo por los girondinos, partidarios de la Constitucion de 1791; de aquí también la esperanza que se tenia en reintegrarlos y vengarlos. Todo patriotismo se creia herido, toda virtud ajada, toda libertad muerta con ellos.

Afectado ya el corazón de Carlota Corday, sintió todos los golpes dados á su patria reasumirse en dolores, en desesperación y en valor en un solo corazón. Vió la pérdida de Francia, vió las víctimas, y creyó ver el tirano. Juró vengar á las unas, castigar al otro, y salvarlo todo. Durante algun tiempo recapacitó en su alma su vaga resolución, sin saber qué acto exigía de ella la patria, y cuál era el nudo de crimen que más urgía cortar. Estudió las cosas, los hombres, las circunstancias, para que su valor no se equivocase ni fuera vana su sangre.

IV

Los girondinos Buzot, Salles, Petion, Valady, Gorsas, Kervelegan, Mollevault, Barbaroux, Louvet, Giroux, Bussy, Bergoing, Lesage (de Eure-et-Loire), Meilhan, Enrique Lariviere y Duchastel, hacía algunas semanas que estaban, como hemos visto, en Caen, fomentando la insurrección general de los departamentos del Norte, combinando la insurrección republicana de la Bretaña, reclutando batallones de voluntarios, enviándolos al ejército de Puisaye y de Wimpfen, que debía marchar sobre Paris, y atizando en las administraciones locales el fuego de la indignación de los departamentos que debía consumir á sus enemigos. Estos diputados, tantas veces insultados por Marat, ponían naturalmente á la Montaña y la municipalidad bajo el horror del nombre de su enemigo, nombre odioso que debía suscitarles vengadores y les suplía por un ejército. Sublevándose contra la omnipotencia de Paris y la dictadura de la Convención, creía la juventud de los departamentos levantarse sólo contra Marat. Danton y Robespierre, ménos señalados en los últimos movimientos del pueblo contra la Gironda, no tenían, en sentir de los insurreccionados, ni la importancia, ni la autoridad sobre el pueblo, ni el delirio sangriento de Marat. Dejaban en la sombra los nombres de estos dos grandes montañeses, para no contrariar el aprecio que entre los jacobinos de los departamentos conservaban esas dos popularidades más importantes. Las masas se engañaban no viendo la tiranía y la libertad más que en un solo hombre. Carlota se equivocó como la opinión. La sombra de Marat ofuscó á toda la república.

Los girondinos á quienes la ciudad de Caen había tomado bajo su salvaguardia estaban hospedados todos juntos en el palacio de la antigua intendencia, adonde se había trasladado también el gobierno federalista y la comisión insurreccional. Allí se celebraban asambleas populares donde los ciudadanos y las mujeres se apresuraban á concurrir para contemplar y oír á las primeras víctimas de la anarquía, á los últimos vengadores de la libertad. Los nombres por tanto tiempo dominantes de Petion, Buzot, Louvet y Barbaroux hablaban más que sus discursos á la imaginación de los habitantes del Calvados. La vicisitud de las revoluciones, que hacía aparecer desterrados y suplicantes en una población arrinconada de la república á aquellos oradores que habían derribado la monarquía, sublevado al pueblo de Paris, llenado la tribuna y la nación con sus voces, enternecía á los espectadores y les llenaba de orgullo para vengar pronto á tan ilustres huéspedes. Los acentos de estos hombres les embriagaban; se les nombraba, y enseñaban con el dedo á ese Petion, rey de Paris, y á ese Barbaroux, héroe de Marsella, cuya juventud y belleza realzaban su elocuencia, su valor y sus desgracias. Salían de allí gritando á las armas, y provocando á los hijos, esposos y hermanos á alistarse en los batallones.

Carlota Corday, despreciando las preocupaciones de su categoría y la timidez de su sexo y de su edad, se atrevió varias veces á asistir á aquellas sesiones con algunas amigas suyas. Se hizo notar por un entusiasmo silencioso que realzaba su belleza femenil y sólo se manifestaba por medio de lágrimas. Quería haber visto á los que trataba de salvar. La situación, las palabras, los semblantes de aquellos primeros apóstoles de la libertad, casi todos jóvenes, se grabaron en su alma y dieron un colorido más personal y apasionado á su adhesión á su causa.

El general Wimpfen, á quien acababa de intimar la Convención que se replegase sobre Paris, respondió que marcharía allí al frente de sesenta mil hombres, no para obedecer á un poder usurpador, sino para restablecer la integridad de la Representación nacional y vengar á los departamentos. Louvet dirigía proclamas fogosas á las ciudades y aldeas del Morbihan, de las Costas del Norte, de la Mayenne, de Ille-et-Vilaine, del Loira Inferior, de Finisterre, del Eure, del Orne y del Calvados. «Las fuerzas de los departamentos que se dirigen á Paris—decía—no van en busca de enemigos que combatir: van á fraternizar con los parisienses, van á afirmar la vacilante estatua de la Libertad. Ciudadanos que presenciareis el paso de estas falanges amigas por vuestros caminos, por vuestras ciudades, por vuestras aldeas, fraternizad con ellas. Impedid que algunos monstruos anegados en sangre se introduzcan entre vosotros para detener su marcha.» Estas palabras eran las que atraían á millares de voluntarios. Caen contaba dentro de sus muros más de seis mil reunidos. El domingo 7 de Julio los vistaron los diputados girondinos y las autoridades del Calvados, con todo el aparato propio para electrizar su valor. Esta sublevación espontánea que se presentaba con las armas en la mano, para morir ó vengar la libertad de los insultos de la anarquía, recordaba la insurrección patriótica de 1792, que condujo á las fronteras á todos los que creían incompatible su vida con la muerte de la patria.

Carlota Corday presenciaba desde un balcón este alistamiento y esta marcha. Apenas llegaba al suyo el entusiasmo de aquellos jóvenes ciudadanos, que abandonaban sus hogares para ir á proteger el violado recinto de la Representación nacional, haciendo frente á las balas y á la guillotina. Aún le creía frío, y se indignaba por el corto número de voluntarios que el alistamiento había añadido á los regimientos y batallones de Wimpfen. En efecto, aquel día apenas pasaron de veinte.

Decíase que aquel entusiasmo atenuaba algo en Carlota la impresión misteriosa, pero pura, que por ella sentía uno de estos voluntarios que abandonaban sus hogares, sus amores y tal vez su vida. Carlota Corday no pudo ser insensible á aquella veneración oculta; pero inmolvaba esta adhesión de puro reconocimiento á otra más sublime.

Aquel joven se llamaba Franquelin. Adoraba á la hermosa republicana, pero ocultamente. Mantenía con ella una correspondencia en la que resaltaba la reserva y el respeto. Correspondía ella con la triste y tierna timidez de una joven cuya dote consistía en sus infortunios. Había dado su retrato al joven voluntario, y le permitía que la amase, á lo ménos en imagen. Franquelin, impulsado por el entusiasmo general y seguro de alcanzar una mirada de aprobación armándose por la libertad, se alistó en el batallón de Caen. Carlota no pudo conservar su serenidad al presenciar la marcha de este batallón, ni ocultar la palidez y las lágrimas que aparecieron en sus mejillas. Petion, que conocía á Carlota, pasaba á la sazón por

debajo de sus balcones, y admirado de la debilidad de Carlota, le dirigió la palabra. «¿Os agradaría—le dijo—que no marchasen?» La jóven se ruborizó, contuvo la respuesta en su corazón, y se retiró. Petion no comprendió aquella turbación, pero el porvenir se la reveló. Franquelin, después del suplicio de Carlota Corday, se retiró á una aldea de Normandía, herido de muerte por el rechazo del golpe de hacha que había cortado la cabeza á su adorada. Allí, solo con su madre, existió algunos meses, y murió pidiendo que se enterrasen con él el retrato y las cartas de Carlota. Esta imagen y este secreto yacen en aquella tumba.

V

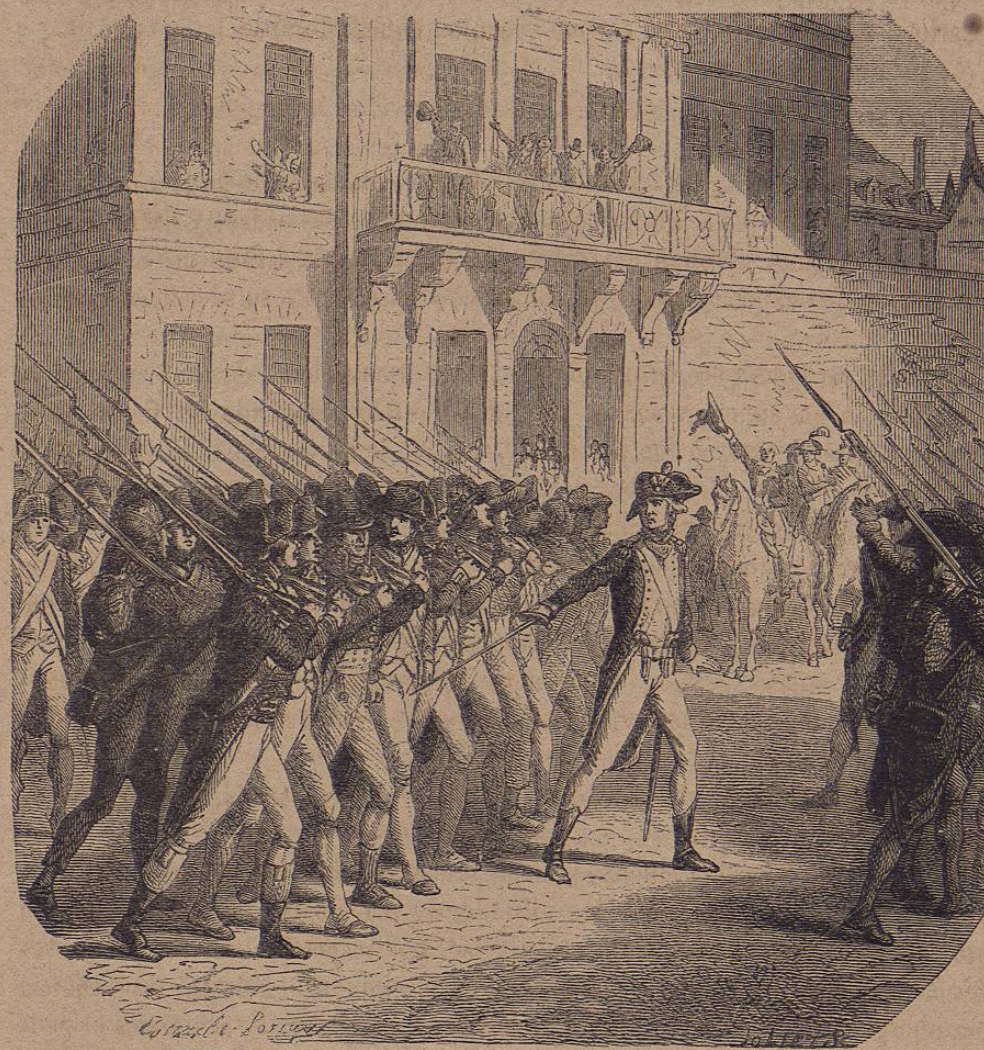
Desde la marcha de los voluntarios, sólo un pensamiento ocupó á Carlota: anticiparse á su llegada á Paris, conservar sus generosas vidas, y hacer innecesario su patriotismo, librando ántes que ellos de la tiranía á Francia. Este deseo, ántes sufrido que experimentado, fué una de las tristezas de su sacrificio, pero no la causa.

La causa verdadera era su patriotismo. Un presentimiento de terror pesaba ya sobre Francia en aquel momento. El cadalso estaba levantado en Paris, y se hablaba de pasearle muy luégo por todo el ámbito de la república. El poder de la Montaña y de Marat, si triunfaba, debía defenderlo únicamente la mano del verdugo. Decíase que el monstruo había ya formado las listas de proscripción y contado el número de cabezas que debían calmar sus sospechas ó su venganza. Lyon tenía señaladas dos mil quinientas víctimas, tres mil Marsella, veintiocho mil Paris, trescientas mil la Bretaña y el Calvados. El nombre de Marat producía el escalofrío de la muerte. Contra tanta sangre quería Carlota oponer la suya. Cuantos más lazos rompiese en la tierra, más agradable sería la voluntaria víctima á la libertad.

Tal era la secreta predisposición de su ánimo; pero Carlota, ántes de herir, quería ver.

De ningún modo podía enterarse mejor del estado de Paris, de las cosas y de los hombres, que acercándose á los girondinos, principales interesados en esta causa; quiso, pues, sondearlos sin descubrirse. Los respetaba bastante para revelarles un proyecto que hubieran podido condenar como un crimen, ó prevenirlo como una generosa temeridad. Tuvo la constancia de ocultar á sus amigos el pensamiento cuya realización iba á perderla para salvarlos á ellos. Pretextando especiales asuntos, se presentó á la intendencia, sitio en que los ciudadanos á quienes ocupaba algún negocio podían acercarse á los diputados. Vió á Buzot, Petion y Louvet. Dos veces conversó con Barbaroux. Las conversaciones de una jóven hermosa y entusiasta con el más jóven y hermoso de los girondinos, bajo pretexto político, podía dar ocasión á la calumnia, ó al ménos á que en algún labio apareciese cierta sonrisa de incredulidad. Así sucedió en los primeros momentos. Louvet, que después escribió un himno á la pureza y á la gloria de la jóven heroína, creyó aceptables al principio estas vulgares seducciones de los sentidos, cuyos cuadros delineó en su novela *Faibles*. Buzot, ocupado con otra imagen, apenas dirigió una mirada á Carlota, y Petion, al atravesar la sala general de la intendencia, le soltó alguna chanzoneta sobre su asiduidad en la asistencia y

sobre el contraste que presentaba su nacimiento con su modo de obrar. «Hé ahí—le dijo sonriendo—la jóven aristócrata que viene á ver á los republicanos.» La jóven comprendió la sonrisa y la insinuación que hería á su pudor. Se ruborizó en el momento, mas se repuso, y con un tono de seria reconvencción, pero amistoso, respondió: «Ciudadano Petion, hoy me juzgais sin conocerme; algún día sabreis quién soy».



Revista de los voluntarios federalistas de Caen.—Pág. 43.

En las audiencias que alcanzó de Barbaroux, y que de intento procuraba alargar para empaparse con sus discursos en el republicanismo, en el entusiasmo y en los proyectos de la Gironda, se presentó con la modesta apariencia de pretendiente. Pidió al jóven marseles una carta de recomendación para uno de sus colegas de la Convención que la presentase al ministro del Interior. Decía que tenía que hacer al gobierno ciertas reclamaciones en favor de la señorita Forbin, su amiga de infancia. La señorita Forbin, conducida por sus parientes, había emigrado, y soportaba en Suiza la indigencia. Barbaroux le dió una carta para Lauze de Perret, uno de los setenta y tres diputados del partido de la Gironda, olvidado en la primera proscripción.